

S A B A D O

## Un libro de Marta Traba: CONVERSACION AL SUR

Noé Jitrik

Una toma de partido  
por los derrotados "para no olvidar"

La tremenda desvirtuación de la 'vida' que ha cambiado la 'vida' en los países del Cono Sur ha producido ya una literatura; quizás sea demasiado pronto para juzgarla, pues estamos en pleno proceso, pero no se podría no considerarla ya que los textos empiezan a abundar, hay un flujo de origen tanto moral como político y no hay casi quien pueda permanecer al margen. ¿Darán todos esos escritores una imagen de lo que pasó en Argentina, Chile y Uruguay, hoy sombras de lo que fueron, vastos cementerios a la luz del sol?

Pero esa literatura tiene sus problemas, no se trata tan sólo de "exilio" aunque también se trata de exilio y de denuncia; el resto sería, en mi opinión, la palabra que haciéndose cargo de una historia real y dolorosísima, pero también compleja sea capaz de proponer igualmente una instancia textual nueva, amasada con esa historia pero proyectándose más allá. Por eso, diría que la constituyen no sólo los textos de autores sino también los testimonios escritos por sobrevivientes que salieron de las cárceles o de los campos de exterminio en los que fueron recluidos muchos de los comúnmente llamados "desaparecidos"; en cuanto a los textos de autores hay quienes dejan radicalmente de lado el proceso, desentendiéndose de él o intentando desvirtuar sus datos y hay otros que lo asumen y tratan de hacer algo asumiéndolo.

A esta última categoría pertenece la novela de Marta Traba, *Conversación al Sur*, publicada recientemente por Siglo XXI; se incorpora, pues, al elenco de las más recientes, pero se di-

ferencia de ellas en el tramo histórico sobre el que trabaja narrativamente y del que quiere dar una imagen problemática y analítica, ni narrativamente convencional, ni maniquea afectivamente. Para decirlo de una vez, ese tramo es el del hueco de la ola, el momento de la derrota ya cumplida de la guerrilla en esos tres países, cuando los sobrevivientes andan como alma en pena, haciendo esfuerzos para reubicar sus cuerpos o su memoria o para entender no qué pasó socialmente hablando, sino qué les pasó psicológica y físicamente hablando.

Para transmitir mejor ese lapso —que quizás sea tan sólo un "lapsus" en la vida de esos pueblos —la novelista sitúa su relato en lo más actual de ciudades como Buenos Aires y Montevideo, no en 1973 o '75, cuando la pendiente de la derrota es indetenible, sino en 1980, con las Locas de Plaza de Mayo gritando y llorando, en calles silenciosas que ocultan la permanencia de la represión.

Por lo actual, el desafío de Marta Traba es muy grande y crea esa particular incomodidad de lo muy inmediato en virtud de que todos solemos exigirle a los hechos una cierta de-cantación temporal para hacerlos entrar en el relato; pero no se trata de crónica, sino de una reconstrucción que se hace mediante recuerdos que se desprenden de una conversación; la narración se hace, justamente, entre diálogo y evocaciones y de este modo se reconstruye una historia de grupos guerrilleros que podrían ser típicos de esos tres países; las evocaciones están alimentadas por un lirismo muy ajustado que constituye, a mi modo de ver, la gran virtud literaria de Traba, acompañada, en esos logros, por un intento de recuperación del "habla" característica de quienes pasaron

por esa experiencia guerrillera o política de esos años, menos como forma de iniciar una crítica desde lo lingüístico que de "caracterizar"; intento dudoso, señala en los instantes de menor convicción tanto la lejanía generacional de la autora, como la dificultad objetiva en la captación de modalidades verbales que nacen de lo político.

No cabe duda de que, con críticas diseminadas aquí y allá, hay una toma de partido por los derrotados, "para no olvidar", dice el epígrafe; las críticas, a su vez, son casi incidentales, explicitan algunos supuestos, pero no alcanzan una densidad política que nos permita legitimar el intento literario; nos conducen, tan sólo, a la región de las consecuencias del terrible fenómeno de la derrota de la guerrilla, cuya lógica, ciertamente, no logramos entender a fuerza de ser implacable. Desde luego, es difícil exigirle para la literatura que, en última instancia, podría acogerse a su zona franca que es, y no hay nada que reprochar, la de sus límites: ¿qué forma podría llegar a tener lo político en una novela, más allá de referirse concreta y valientemente, como en este caso, a hechos políticos? No lo sé, pero sé que no podría dejar de exigirselo, a uno mismo y a los demás, porque se trata, a partir de nuevos modos sociales, de una reinterpretación del mundo, tanto más necesaria cuanto que compromete un tipo de discurso de circulación más o menos asegurada.

Quizás la novela no sea el terreno en el que esa reinterpretación pueda tener lugar; tiene demasiados compromisos consigo misma, o sea con personajes, caracteres, casualidades, suspenso, como para actuar con libertad en medio del estrépito de la caída de los lenguajes; novelas alusivas quizás sí, poemas de la caída de los lenguajes tal vez sí; en todo caso lo que por ahora me parece que da perfecta cuenta del mundo de la represión son los testimonios de los sobrevivientes, cuerpos verbales transidos, como los cuerpos vivos, escenas de dolor y de instintos, donde todo se cruza demencialmente, pero con la electrizante lógica de la ruptura total. Pero esos testimonios no parecen, por ahora, ser asunto de las editoriales.